

ACTO ÚNICO

Cuarto de estar con escaso mobiliario. Al fondo, una gigante fotografía de una playa veraniega de olas espumosas; en el centro, una sombrilla playera y una tumbona.

Aparece en escena, en traje de baño, ROMERITO. Es mayordomo de la Hermandad de la Santa Marcha Romera a la Ermita de la Virgen del Agujón. Al hombro lleva un bolso, que deja junto a la tumbona. Acciona los botones de un aparato que hay sobre un mueble; se escucha el oleaje rítmico de un mar tranquilo. Ambiente relajado. Se santigua. Se sienta en la tumbona. Extrae un espejo del bolso. Se mira una y otra vez en el espejo. Algo no le cuadra. Se pasa una mano por la barbilla, los pómulos, el pelo...

ROMERITO. A pesar de todo, no hay duda. Soy yo. (*Desconfiado, no deja de mirarse en el espejo*). ¡A ver, Romerito...! (*Poniéndose en pie*). ¡Con determinación, cojones...! ¡Como tú sabes, y como saben los de este lado del estrecho y también los del otro...! (*Se prepara para decir algo; se pasa unos dedos por los labios*). ¡Venga, Romerito...! ¡Venga, que el eco de tu voz ha resonado siempre con fuerza en los oídos de unos y otros...! Solo tienes que repetir lo que tantas veces has proclamado hasta la saciedad, con la energía y la decisión que acostumbras: “¡Me cago en la patera y en los que vienen en ella!”. (...Y se dispone a pronunciar esas palabras con la resolución pretendida, pero solo consigue exhalar un inaudible). ¡Me cago...! (...Y agacha la cabeza, avergonzado). ¡No es posible!

¡No es posible, Romerito...! Hace dos días tu voz era la sirena de los bomberos, su timbre no dejaba títere con cabeza. Te estás haciendo viejo... *(En un intento de levantar el ánimo)*. Pero... ¿qué es la edad para ti...? ¡Genio y figura, qué cojones...! (...Y, de nuevo, prepara su voz para ser oído al otro lado del estrecho. Con carácter, pero sin apenas fuerza). ¡Me cago...! *(Una vez más, la vergüenza –también la humillación– le hace inclinar la cabeza)*. ¿Qué te pasa, Romerito...? *(Mirándose en el espejo)*. No te conozco... *(A punto de llorar)*. ¿Para qué seguir lamentándose...? *(Reaccionando)*. ¡Qué edad ni qué...! ¡Joder...! Este encierro me ha amariconado... Con tanta manifestación feminista, algún virus letal se habrá alojado en mi mente... ¡Estoy contagiado...! *(Hondamente preocupado)*. Tanta reflexión es contraproducente. Ya lo decía mi padre: “No pienses tanto las cosas. Hazlas y punto”. Tanto mirarse en el espejo, tanto asomarse a lo más profundo del alma... no puede traer nada bueno... “Mira que puedes llegar a conocerte...”. *(Llorando como un niño)*. ¿Qué haré a partir de ahora...? ¿Qué será de mí...? Ya no podré hostiar ni insultar a esos piojosos de las pateras... Ya no podré hacerles la vida imposible... Ya no podré... *(...Y emite un ensordecedor grito)*. ...¡¡¡gritar!!! *(Bajando la guardia)*. ¡Catarsis de mierda...! ¡Me ha vuelto como un calcetín...! *(...Y se santigua)*.

Silencio. Solo se oyen –eso sí: grabadas– las olas del mar. Cae el telón.

#NOTAS DE DIRECCIÓN

ADELARDO MÉNDEZ MOYA

El calcetín, significa el reencuentro con Romerito, personaje cerril, prejuicioso y reaccionario, y que falsea la realidad a través de su desiderátum, al que conocimos en *La playa* y *Hechos y desechos de San Romerito*, debido todo a la pluma siempre irónica y sarcástica de Moreno Arenas. De repente, a causa de la reflexión impuesta por el confinamiento, y en contra de su voluntad, el protagonista invierte su dinámica existencial y sus conceptos. Reversión inopinada y sorprendente.

Adelardo Méndez Moya

#IMAGEN



Adelardo Méndez Moya.